

Territorio maquilador y violencia. El caso de Ciudad Juárez

Luis Humberto Méndez y Berrueta*

Partimos en este artículo de la siguiente apreciación: las fábricas maquiladoras de exportación instaladas en Ciudad Juárez, son construcciones materiales cargadas de significación que determinan, de manera importante, una territorialidad específica que, en lo esencial, se explica desde la violencia.

...Nací y crecí en Ciudad Juárez, en la colonia Hidalgo, y me parte el alma el dolor que hoy abate a su gente, entre la que se encuentran familiares, amigos, amigas y compañeras y compañeros de lucha. Al momento de escribir esto (julio 21, 2010) ya han sido asesinadas 1,576 personas en las calles de la ciudad solamente durante este año. Mientras tanto, las fuerzas policíacas y militares enviadas para enfrentar al llamado crimen organizado, en lugar de combatirlo, se han dedicado a catear hogares, a detener y a torturar, a extorsionar y a despojar a la población de los pocos bienes que aún tienen. La ciudad ha sido ocupada por la policía federal y el ejército, una especie de estado de excepción, pero la violencia y el dolor no cesan, por el contrario, continúan ascendiendo. La mayoría de la población fronteriza, atemorizada y diezmada, se pregunta en medio de su dolor: ¿Por qué hemos llegado a tal nivel de violencia, de impunidad y de abuso de autoridad? Ya entendemos que el Estado no solamente no puede acabar con la violencia criminal, que ha sido pre-

cisamente el Estado, financiado por los Estados Unidos a través del Plan Mérida, el que ha agudizado esta sangrienta violencia en contra de una población inerme y paralizada por el miedo. Así que por ahí no encontraremos la respuesta. Es más, a este punto ya no nos debiera interesar lo que hagan o digan el Estado, los partidos políticos o las instituciones que supuestamente deberían proporcionar las más mínimas condiciones de seguridad, pero que en vez de esto, han abandonado a la gente a su suerte... Estamos cosechando lo que hemos permitido que se haya sembrado. Hemos permitido la vigencia de un sistema económico de opresión y explotación, que considera al ser humano un objeto no un sujeto. Un sistema donde la mayoría producimos la riqueza que se apropian un puñado de gentes utilizando todas las formas de dominación posible. En alguna ocasión se nos hizo creer que lo podíamos humanizar, pero este sistema económico se nos ha revelado como un capitalismo salvaje y ahora estamos pagando las consecuencias. Nosotros mismos nos dejamos engañar por las “posibilidades de la economía global” y “la modernidad”. Hasta se nos hizo creer que algún día tendríamos

una calidad de vida parecida a la de nuestros vecinos con su American Way of Life tan glorificado por los monopolios televisivos... Aceptamos el modelo de desarrollo “maquilador” y hasta hubo quienes afirmaban que la incorporación de las mujeres (en realidad las niñas) a este proceso de producción capitalista era parte de la liberación femenina, de la liberación de la opresión del hogar. Pero no hubo tal liberación... (Hoy) casi 200 mujeres han sido brutalmente asesinadas solamente en lo que va de este año. Hemos permitido el despojo de las tierras indígenas y la insaciable destrucción de las economías campesinas locales. Dejamos solos a los dirigentes campesinos consecuentes y a los zapatistas cuando nos alertaron que la contrarreforma del artículo 27 representaba la cancelación de la posibilidad de una vida digna en el México rural y que la aprobación del Tratado de Libre Comercio con América del Norte sujetaba más nuestro destino a los intereses del capital extranjero. Al mismo tiempo, esto trajo la depredación de los recursos naturales así como daños, inclusive irreparables, para el medio ambiente. Donde antes hubo alguna modesta producción para el consumo

* Profesor-Investigador del Departamento de Sociología de la UAM-A.

local, ahora hay parques industriales o “maquiladoras”. En el ejido de San Isidro, en el Valle de Juárez, los campesinos ya no producen su propia comida sino que sus hijas y sus hijos laboran en la flamante maquiladora Electrolux instalada en tierras ejidales que les arrebataron por medio de la amenaza de la expropiación y el chantaje económico. Nos aferramos a la ilusión de un “cambio democrático” como si esto trajese automáticamente un cambio del sistema. Pero la posibilidad de un cambio profundo en las estructuras del poder político se dio y terminó al mismo tiempo en 1988. Entonces, confundimos la transición de un gobierno

corrupto, violento y mediatizador (representado por el PRI) por otro que enarboló las banderas de la moralidad, los valores familiares y la eficiencia, y enquistamos en el poder al sector de derecha (al PAN) que representa a la misma clase dominante. Al partido de la transición le tomó solamente unos cuantos años para superar en corrupción, represión y manipulación al viejo partido que detentó el Estado durante la pesadilla que duró más de 70 años... Apenas comenzamos a entender que no importa quién detente el poder del Estado mientras el sistema permanezca inalterable. El sistema mismo nos ha llevado a la terrible violencia

que hoy se vive en Ciudad Juárez y en muchísimas regiones de México. Podemos seguir enumerando otras causas que nos han arrojado a esta deprimente realidad. Fuentes de esta situación de horror y violencia también son la injusticia económica, la discriminación, la intolerancia, la criminalización de la juventud y de la vida social, etc., etc. Pero el punto es que la violencia sólo es el efecto de causas más profundas que hay que entender y que hay que enfrentar...

Carlos Marentes

“Ciudad Juárez: La cosecha de violencia y dolor” <workdblogs.com>, julio 21, 2010.

Precisiones en torno al concepto de territorio

En este trabajo se entenderá el concepto de territorio como la ocupación cultural del espacio¹, se aceptará entonces que todo territorio contiene un conjunto de estructuras de significación donde interactúan símbolos interpretables a través de los cuales pueden describirse las relaciones que se establecen, la acción social que se ejecuta y el poder que a su interior se ejerce.

Advertimos también que en todo territorio existe un sistema territorial y una territorialidad. Cuando se habla de sistema territorial, la mención es hacia su estructura, es decir, a la particular forma como se divide o se reparte el espacio, a los lugares físicos que lo determinan y a las

redes que existen para su comunicación. Esta estructura, socialmente construida, asegura lo que se produce, lo que se tiene y lo que se distribuye dentro del territorio, y sobre todo, expresa la red de significaciones en donde puede leerse su expresión simbólica. Estos sistemas constituyen la envoltura en la cual nacen las relaciones de poder².

Cuando se habla de territorialidad, se hace referencia a la vida cotidiana de los habitantes del territorio: a sus relaciones en el trabajo y fuera del trabajo, sus relaciones familiares, sus relaciones con grupos sociales o religiosos, sus relaciones con la autoridad, etc. Territorialidad que se define tanto interna como externamente, por sus *habitus* particulares y por la contradictoria relación con otros territorios más amplios que le imponen conductas y formas de comportamiento. La territorialidad, dice Raffestin, es un conjunto de relaciones que nace en un sistema tridimensional: sociedad, espacio y tiempo, y que se constituyen con un carácter simétrico o asimétrico, al interior y con la exterioridad; en consecuencia, la territorialidad se define como estable o inestable. Cada sistema territorial, afirma, secreta su propia territorialidad que viven los grupos y las sociedades. “La territorialidad se manifiesta a todas las escalas espaciales y sociales, es consubstancial a todas las relaciones y podríamos decir que es de alguna manera el ‘lado vivido’ del ‘lado hecho’ del poder”³.

¹ “Es esencial entender que el espacio está en posición de anterioridad frente al territorio. El territorio es generado desde el espacio. Es el resultado de una acción realizada por un actor que, al apropiarse del espacio, lo territorializa... El espacio por lo tanto es primero, es preexistente a toda acción. Es de alguna manera dado como una materia prima. Es lugar de posibilidades, es la realidad material preexistente a todo conocimiento y a toda práctica, de la cual será objeto desde el momento en que un actor manifieste una intencionalidad hacia él. El territorio, evidentemente, se apoya sobre el espacio pero no es el espacio. Es una producción a partir del espacio que pone en juego un sinnúmero de relaciones que se inscriben en un campo de poder. Producir una representación del espacio es ya una apropiación, una empresa, un control, aunque éste quede en los límites del conocimiento. Todo proyecto en el espacio que se expresa por una representación, revela la imagen deseada de un territorio.” Raffestin, C., *Pour une géographie du pouvoir*, París, LITEC, 1980, p. 129.

² *Ibid.*, p. 134.

³ *Ibid.*, p. 147.

Podría pensarse que en las sociedades de modernidad tardía el concepto de territorio se transforma. Lo que tradicionalmente se consideró como un espacio culturalmente ocupado, con un conjunto de singularidades que lo definían, ahora, en esta etapa de desarrollo de la sociedad capitalista, se enfrenta a fuertes presiones desterritorializadoras o deslocalizadoras de los procesos económicos, políticos, sociales y culturales que alberga. Sin embargo, a pesar de la certeza sobre la existencia de este tipo de procesos, sería erróneo considerar que fenómenos de esta índole conducen de manera inevitable a la desaparición de los territorios y, en consecuencia, a su transformación en un inmenso y único territorio planetario. Los procesos de mundialización en este momento de modernidad tardía, no acaban con el territorio, más bien lo redefinen.

Para el caso de la industria maquiladora fronteriza, en especial la instalada en Ciudad Juárez, Chihuahua, consideramos que no puede ser entendida como manifestación de un territorio que agota su lectura en lo regional, el territorio maquilador, para su cabal comprensión; tiene que ser leído también desde su inserción en los movimientos del capital transnacional, para nuestro caso concreto, desde las estrategias productivas generadas mayoritariamente por los grandes consorcios norteamericanos, y en menor medida, japoneses y coreanos. En este sentido, Ciudad Juárez, comprendida como un territorio simbólico construido desde la acción social relacionada con la actividad maquiladora, contiene significados propios que la distinguen, pero no pueden ser explicados si no se inscriben en lo global.

En conclusión: los territorios interiores considerados en diferentes escalas (v.g. lo local, lo regional, lo nacional, etc.) siguen en plena vigencia con sus lógicas diferenciadas y específicas, bajo el manto de la globalización, aunque debe reconocerse que se encuentran sobre-determinados por ésta y, consecuentemente, han sido profundamente transformados en la modernidad. Hay dos lecciones que, pese a todo, debemos aprender de los teóricos neoliberales de la globalización: 1) no todo es territorio y éste no constituye la única expresión de las sociedades; y 2) los territorios se transforman y evolucionan incesantemente en razón de la mundialización geopolítica y geoeconómica. Pero esto no significa su extinción. Los territorios siguen siendo actores económicos y políticos importantes y siguen funcionando como espacios estratégicos, como soportes

privilegiados de la actividad simbólica y como lugares de inscripción de las “excepciones culturales”, pese a la presión homologante de la globalización⁴.

Definido el territorio como un lugar de posibilidades realizadas al momento en que se ocupa culturalmente un espacio, tanto en su modo de producción (infraestructura, fuerza de trabajo y relaciones de producción), como en el modo en que se representa el ejercicio del poder; precisado como un lugar de relaciones culturalmente objetivado y significado, va a ser considerado también en este trabajo como una construcción simbólica derivada de la acción social.

Con este enfoque, el territorio, comprendido como ocupación cultural del espacio, será producto de una acción social simbólicamente determinada. Si el territorio, como dice Raffestin, es el resultado de una acción realizada por un actor que, al apropiarse del espacio, lo territorializa, esta acción realizada estará mediada por lo simbólico. No en balde afirma también que producir una representación del espacio es ya una apropiación que lo convierte en territorio, y que todo proyecto en el espacio que se expresa por una representación revela la imagen deseada de un territorio. Territorio entonces se definirá como la apropiación cultural de un espacio que se construye a través de relaciones simbólicas que serán recreadas en su interior.

El territorio simbólico maquilador en Ciudad Juárez, Chihuahua⁵

Con este conjunto de precisiones acerca del concepto en cuestión, se va a entender el territorio maquilador *juarense* como un territorio simbólico que, como todo territorio, muestra un sistema territorial con su particular división del espacio, sus lugares distintivos donde se asienta el poder y su organización de redes, casi todas invisibles, a través de

⁴ Giménez, Gilberto, *Territorio, cultura e identidades. La región socio-cultural*, México, Instituto de Investigaciones Sociales UNAM, 1996, p. 3.

⁵ Las características que definen a este territorio maquilador en específico, valen en lo general, con diversos grados de intensidad, para entender al conjunto de la industria maquiladora instalada a lo largo de la frontera norte de México, razón por la cual nos atrevemos a considerar este inmenso espacio geográfico como un territorio simbólico maquilador fronterizo. Con diferencias, sin duda, pero lo que aquí se atribuya como condición territorial para Ciudad Juárez, igual vale para Matamoros y Reynosa en Tamaulipas, o Tijuana en el estado de Baja California, por mencionar sólo algunos territorios maquiladores que se distinguen de la larga cadena de lo que aquí llamamos territorio maquilador fronterizo.

las cuales se comunican los imaginarios y las representaciones que lo mantienen en movimiento. Territorio simbólico que también manifiesta una territorialidad, un conjunto de *habitus*⁶ enfrentados que luchan por imponerse en lo interno, y son contradichos, amenazados o impulsados desde lo externo. Territorio simbólico determinado desde lo económico, por tanto, poco estable, aunque mucho más dinámico, y legitimado desde un poder de facto. Territorio incrustado en otro territorio político más amplio y, en apariencia, más estable, los estados fronterizos integrantes de un Estado-nación llamado República Mexicana, y que a diferencia del anterior, éste se legitima no desde un poder de facto sino desde el poder legal. Territorio simbólico cuyos límites no son inocentes, ni naturales, ni arbitrarios, sino expresión de un proyecto multinacional, pensado desde los espacios sociales de la modernidad tardía⁷, en donde se le dio forma, contenido y orden.

Este territorio maquilador, inserto en otros territorios cada vez más amplios: los municipios fronterizos, sus entidades federativas y la nación, incorporada por su parte a otro territorio más abarcador, supranacional, el TLCAN, perteneciente a su vez al imaginario territorio planetario del mundo global y su mito homogenizador, nos habla de una interposición de espacios culturalmente ocupados, de territorios que, si bien se autodefinen, también se imbrican, estableciendo relaciones simétricas-asimétricas que obligan a que los territorios evolucionen y se transformen en razón de esta lógica geopolítica. A este fenómeno de intersección territorial, algunos investigadores lo califican como apilamiento de territorios.

⁶ *Habitus*: "... sistema de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predisuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente reguladas y regulares sin ser el producto de la obediencia a reglas, y... colectivamente orquestadas sin ser producto de la acción organizadora de un director de orquesta... (el *habitus*) asegura la presencia activa de las experiencias pasadas depositadas en cada organismo bajo la forma de principios de percepción, pensamiento y acción, tienden, con mayor seguridad que todas las reglas formales y normas explícitas, a garantizar la conformidad de las prácticas y su constancia a través del tiempo. Pasado que sobrevive en la actualidad y que tiende a perpetuarse en el porvenir actualizándose en las prácticas estructuradas según sus principios", Pierre Bourdieu, *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991, pp. 92 y 95

⁷ Concepto también entendido desde la sociología, en especial la europea, como baja modernidad, modernidad contingente o sociedad del riesgo, denominaciones empleadas para conceptualizar el nuevo tiempo capitalista, para precisar el perfil del nuevo orden mundial.

... el territorio se pluraliza según escalas y niveles históricamente constituidos y sedimentados que van desde lo local hasta lo supranacional, pasando por escalas intermedias como las del municipio o comuna, la región, la provincia y la nación. Estas diferentes escalas territoriales no deben considerarse como un 'continuum', sino como niveles imbricados o empalmados entre sí. Así, lo local esta subsumido bajo lo municipal y éste, a su vez, bajo lo regional, y así sucesivamente. Esta situación ha dado lugar a la teoría de los 'territorios apilados', originalmente introducida por Yves Lacoste... Esta misma idea, ha generado la metáfora de los nichos territoriales del hombre, constituidos por capas superpuestas pertenecientes a diferentes escalas...⁸

El territorio simbólico, construido por la industria maquiladora en la frontera norte, tiene sus límites precisos, geopolíticamente determinados por los dos polos extremos de la línea fronteriza: Tijuana en el estado de Baja California, y Matamoros en el estado de Tamaulipas. El largo territorio de dos mil 597 kilómetros de longitud⁹ se significa por 31 localidades, de las cuales, 12 concentran lo principal de esta actividad productiva¹⁰ y, por tanto, son lugares o nudos que marcan simbólicamente el gran territorio maquilador fronterizo; lugares que a la vez son territorios en sí, dentro de los cuales existen lugares particulares que los significan: las fábricas maquiladoras, que también poseen todas las características de un territorio a pequeña escala. Del territorio fábrica, al territorio ciudad maquiladora, al territorio región maquiladora. Fábrica y ciudad maquiladora se manifiestan como nichos territoriales que definen el inmenso territorio fronterizo maquilador. Diferentes niveles que se imbrican, que se interrelacionan, que se subsumen y se rearticulan en un gran territorio supeditado, como ya se vio, a otros territorios más amplios.

El territorio maquilador fronterizo, en cualquiera de sus escalas, contiene las características del lugar antropológico: construcción concreta y simbólica del espacio; principio de sentido para aquellos que lo habitan y principio de entendimiento para aquel que lo observa. Tres rasgos comunes lo definen: es identificatorio (lugar de nacimiento), es relacional (relaciones e identidades compartidas), y es *histórico*

⁸ Giménez, *op. cit.*, p. 6.

⁹ *Enciclopedia de México*, 1986, p. 420.

¹⁰ INEGI, *Estadística de la industria maquiladora de exportación 1990-1995*, México, INEGI, 1997, pp. 58-63.

(vive la historia, no hace la historia). El lugar antropológico se consolida en el territorio a través de los diferentes *habitus* que se expresan o de los diferentes procesos de rutinización¹¹ que se viven.

Sin embargo, vale subrayarlo, el territorio no es estático en estos tiempos de modernidad tardía, y mucho menos cuando se encuentra inscrito en un espacio fronterizo. El territorio maquilador fronterizo, en especial el que se ubica en Ciudad Juárez, al interactuar con las otras totalidades territoriales, será violentamente modificado. *Habitus*, rutinizaciones o representaciones colectivas, se mezclarán con procesos propios de la sobremodernidad productora de no lugares¹². Se crean espacios que no se definen ni por la identificación natal, ni por las relaciones creadoras de identidades, ni por ser territorios que viven la historia; van a construirse formas culturales híbridas que expresan la ambigüedad y la ambivalencia propias de un rito de paso detenido en su fase liminal.

El vínculo de los grupos sociales que en su interior se desarrollan, representa algo más que una necesidad productiva de subsistencia: es, primordialmente, una compleja articulación simbólica. El territorio maquilador juarense se convierte entonces en un referente de vital importancia en el cual se inscriben los diversos y enfrentados procesos de identidad y no identidad que se generan en este universo. A partir de una actividad económica —la producción maquiladora—, se construye, desde hace al menos 40 años, un territorio simbólico creado desde la acción social, que encuentra su origen en la influencia que los procesos maquiladores tienen sobre las condiciones de vida y de trabajo de los habitantes de la región, así como por el impacto sobre su integridad psico-física producto de la agresión que dichos procesos productivos ejercen contra el medio ambiente.

Este particular tipo de actividad industrial impuso sus condiciones. No sólo impulsó una caótica urbanización del espacio, sino que a partir de los principios ideológicos en que se fundamenta, se convirtió en un símbolo dominante alrededor del cual comenzó a construirse el nuevo

territorio. La maquila se constituyó en un eje plagado de significados. Se activaron no sólo las formas de una nueva cultura laboral resultante de las modernas fórmulas flexibles de organización empleadas al interior de las fábricas, sino que, de manera paralela, se fueron consolidando diferentes expresiones culturales, consecuencia de los efectos que esta actividad económica tenía sobre los espacios de la reproducción social.

La aparición de la maquila en espacios urbanos, impulsó procesos sociales y culturales que, en un primer momento, terminaron por definir territorios locales limitados a las zonas fabriles y a los círculos habitacionales que las rodeaban. Era inestable la permanencia de las fábricas maquiladoras, y resultaba común que los trabajadores contratados tomaran ese momento de su vida como una etapa de paso: o lograban internarse en los Estados Unidos, o volvían a recorrer el país como trabajadores golondrinos. A pesar de ello, estos territorios locales, con todo y el carácter liminal que los definía, impulsaba procesos sociales y culturales que determinaban una particular naturaleza simbólica.

Con el paso de los años, la maquila extendió su influencia económica, y con ella, introyectó socialmente una particular idea de modernidad, de cambio, de esperanza de vida, de progreso, de bienestar perdurable, aunque mantuvo su carácter de inestabilidad, y, con ella, la condición de liminalidad propia de un rito de paso que, hasta la fecha, viven sus trabajadores. Creció la dimensión espacial del territorio maquilador; se expandió y se mal urbanizó el espacio ocupado por esta actividad industrial, se alargó la permanencia en el empleo, y la influencia maquiladora fue más allá de las zonas fabriles, de las instituciones económicas y de los cinturones habitacionales que la rodeaban, llegando a determinar prácticamente en su totalidad el funcionamiento social y cultural de todo el territorio.

Al igual que en otros territorios tradicionales, en el territorio maquilador juarense podemos hablar de la existencia de lugares sagrados que impulsan los procesos de territorialidad, por supuesto no hay referencia a deidades, ni a mitos cosmogónicos o heroicos de creación territorial. El territorio que aquí se define es nuevo. El mito central que lo articula es la modernidad: la esperanza de nuevas condiciones de vida, el paso de la miseria a la promesa de una existencia sin hambre. Mito laico, con escasa tradición, que no pierde sin embargo su cualidad de fabuloso o alegórico. En contra del ancestral mito de creación, aquí no se explica el origen del mundo, pero sí el origen de la

¹¹ Concepto que refiere al mundo de lo cotidiano destacando las certezas básicas que le dan sentido a la existencia de una colectividad, de confianza existencial, de fe en la continuidad del mundo de los objetos y de certeza en la trama de la actividad social. Ver Antony Giddens, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Argentina, Amorrortu Editores, 1988, pp. 77-142.

¹² Auge, Marc, *Los no lugares. Espacios del anonimato, Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa, 2000, pp. 81-118.

sociedad desde resguardos laicos no por eso reñidos con lo sagrado¹³.

La maquila se convierte en el símbolo dominante de gran poder de convocatoria a través del cual se organiza el territorio y se señalan los lugares que trazan su geografía simbólica. Por supuesto, las fábricas no son santuarios religiosos con poderes mágicos, curativos o milagrosos a los que acuden los creyentes en cíclicas peregrinaciones, pero sí son lugares sagrados a donde convergen procesos migratorios, que al igual que la peregrinación, también pueden ser entendidos como rituales de paso, con la diferencia de que mientras la peregrinación cumple a cabalidad con el rito de pasaje (separación, periodo liminal y agregación), los procesos migratorios a las zonas maquiladoras se detienen en el periodo liminal. Los grupos sociales involucrados –por lo general campesinos, indígenas o sectores desarraigados de los centros urbanos– no vuelven al orden propio de una sociedad estable. Ya sea como indocumentado, como obrero maquilador o como trabajador golondrino, la incertidumbre, la contingencia y el riesgo propio de esta transición permanente que define a la sociedad de modernidad subordinada, nunca concluye. Pero a fin de cuentas, y para lo que aquí importa, al igual que los santuarios naturales o devocionales, los nuevos “santuarios laborales” ofrecen las condiciones suficientes para construir referencias territoriales culturales.

A pesar de su eterno presente –incierto, contingente y riesgoso–, esta territorialidad, sustentada en la maquila, funciona como el principal organizador de la vida social. Desde el territorio maquilador, y más concretamente desde el símbolo maquila, se construye y se afianza un particular tipo de identidad –fluctuante podríamos llamarla, o más bien difusa y oportunista–, por los condicionantes a que responde, propios del carácter polisémico del símbolo. El territorio, como ya se mencionó, no es otra cosa que la ocupación cultural del espacio, y hablar de ocupación cultural del espacio es referirse a grupos sociales concretos que, de su realidad inmediata, construyen estructuras significativas. La maquila es un ordenador social, pero, como símbolo, es también origen y causa de los principa-

¹³ Desde el inicio de la sociedad capitalista, y más concretamente desde el llamado tiempo de la Ilustración europea, la nueva sociedad laica le quitó la propiedad única de lo sagrado a lo religioso y construyó sagrados laicos, absolutos sociales que intentaban darle orden y sentido a la nueva sociedad. Ver Isidoro Moreno “Proceso de secularización o pluralidad de sacralidades en el mundo contemporáneo”, en Arnaldo Neri (coordinador), *Potenza e impotenza della memoria*, Tibergraph Editrice, Italia, 1998.

les conflictos en el territorio. La maquila identifica, pero también confronta.

Maquila y violencia

En razón de lo antes dicho, en este trabajo se establece que la territorialidad en el territorio simbólico maquilador juarense se define como inestable; no sólo por el hecho, ya de por sí sugerente, de ubicarse en una línea fronteriza de relación-exclusión con el país más poderoso del mundo, sino porque es esta particular convivencia plagada de desigualdades, la que explica la existencia de un modelo de modernidad subordinada definido por la incertidumbre, la contingencia y el riesgo; un sistema de estructuras significativas, cuyos fenómenos expresan la ambigüedad y la ambivalencia con que se vive en el territorio. La territorialidad maquiladora en Juárez es inestable, y, como cualquier tipo de inestabilidad, pervierte la vida social y engendra diversas formas de violencia.

Vale aclarar que la violencia a la que aquí se alude, poco tiene que ver con cosmovisiones o ideologías legitimantes que exigen del ejercicio de ciertas formas de coacción sobre el pensamiento colectivo para hacer posible la vida social. No son estas las formas de violencia que aquí preocupan. Por el contrario, nos interesa hablar aquí de aquella que se explica desde la irregularidad con que se organiza la vida en este territorio fronterizo, de aquella que expresa la desestructuración de la territorialidad. La referencia no va a ser entonces a esas formas institucionalizadas de violencia que atraviesan el todo social y que tienden a la estabilidad, sino más bien a todas aquellas que socavan las seguridades ontológicas de los colectivos humanos.

No se trata de entender la violencia como la acción física de un individuo o un grupo contra otro individuo o grupo que tiene por objeto aniquilar, perjudicar, lastimar o reprimir; por supuesto, la agresión física sucede, pero se pretende destacar el contexto en que el hecho se da: la violencia territorial a la que aquí se hace referencia no se ubica en un contexto político y social de instituciones sólidas, sino en un sistema territorial y en una territorialidad en claro proceso de desestructuración. En este sentido, más que hablar del monopolio de la violencia legítima que ejercen las instituciones de gobierno a través de la policía y del ejército, violencia que no deja de estar presente; más que detenerse en la oculta violencia que practica la estructura normativa que organiza la vida social, que cada vez pierde más fuerza en este territorio; nos interesa hurgar en la

violencia no institucionalizada, también monopólica, que tiene su origen en la ilegítima violencia que ejecutan en el territorio maquilador juarenses (y en general en el territorio maquilador fronterizo) los procesos de internacionalización del capital: la violencia que se cultiva en los espacios laborales; la violencia que impregna la práctica sindical; la violencia que la industria maquiladora de exportación despliega contra el medio ambiente; la violencia social, la de género (que opera directamente sobre la mujer, la más dramática por los excesos a los que ha llegado, la más trágica por que logró expropiar a la obrera maquiladora de la propiedad que tiene sobre su propio cuerpo); violencia desbordada que terminó por corroer el tejido social en Juárez, favoreciendo la instauración de la, hasta hoy, más inquietante y perversa violencia: la ejercida con señalada impunidad por las empresas del llamado crimen organizado en contra de la sociedad juarenses y de la autoridad legalmente constituida (municipal, estatal y federal) a la que, de manera explícita, ha debilitado en su capacidad de gobernar. Violencias todas que se desprenden del comportamiento que la modernidad tardía le impone a un territorio manipulado con la lógica de la modernidad subordinada; violencia de clases preocupada por hacerla aparecer como algo natural, como algo legalmente establecido; violencia que cotidianamente contradice los valores axiomáticos con que trata de legitimarse el absoluto social mercado, en especial aquellos referentes al respeto a los derechos humanos y al cultivo de la democracia; violencia simbólica porque, en su particular entendimiento de la realidad, nos impone la creencia de que este es el único camino posible para transitar por el territorio simbólico maquilador fronterizo;

...el optimismo frente a un futuro que nos dicen promisorio para todos, es el primer acto de violencia simbólica y la más fuerte herramienta de control social. Tomo esto de la violencia simbólica de Bourdieu, y tiene un fundamento claro, relacionado con las representaciones que la gente tiene acerca de la vida de los otros, de la sociedad, etc.: está relacionada con la posición social que se ocupa. Cada uno tiende a ver el mundo a partir del lugar que ocupa en ese mundo y, dicho más crudamente, los dominados ven el mundo desde su lugar de dominados. Tienden a ver el mundo como natural, como que “así es”, y estas relaciones que son a la vez objetivas y simbólicas, son el fundamento de la violencia simbólica que se ejerce sobre los dominados ¿En que sentido? Cada agente social está dotado de un *habitus*, que es el sistema de principios a partir del

cual produce sus prácticas y sus representaciones. Podría decirse que no es sólo mental sino también corporal, en el sentido en que ese *habitus* ha sido incorporado a lo largo de un proceso histórico y de determinadas condiciones históricas: es lo que fundamenta la visión del mundo de cada uno y la imposición que los dominantes ejercen sobre los dominados¹⁴.

Para el caso que aquí nos ocupa, el problema se complica: los dominados del territorio maquilador no sufren en esencia la violencia de un *habitus* en este caso obscurecido por la internacionalización del capital; el *habitus* que edifica identidad de dominados se desmorona, pero en su caída tampoco crea procesos de resistencia colectiva: la individualización parece ser su sino, y las identidades que, aunque de dominados, contienen el germen de la rebeldía y del cambio, en el nuevo contexto acentúan su carácter difuso, su comportamiento fluctuante. La violencia sigue siendo simbólica, pero no es la que genera el *habitus*, es la que crea el nuevo ambiente social de la modernidad tardía, producto de la ambigüedad y la ambivalencia de los fenómenos sociales que recrea. La violencia sigue siendo impune pero no es legalizada. El territorio simbólico maquilador en Juárez y en el resto de las ciudades fronterizas, está definido desde lo económico, por tanto, tiene un carácter inestable legitimado por un poder de facto que, al ubicarse fuera del territorio, disminuye las posibilidades de fortalecer *habitus* y, en consecuencia, de consolidar identidades.

Dos breves testimonios ilustrativos de trabajadoras maquiladoras en Juárez

Olga Lydia Valenzuela:

Es muy feo lo que está sucediendo aquí. Yo por ejemplo cuando voy caminando me voy cuidando siempre. Cuando siento pasos detrás de mí, volteo la cabeza a ver si hay alguien. A mí me ha pasado que un carro se ha parado y el hombre al volante me ha abierto la puerta como esperando que me suba. También conozco una señora de 42 años a quien siguieron igual.

¹⁴ “El control social y la perspectiva de Pierre Bourdieu”, entrevista a Alicia Gutiérrez, socióloga, docente de la UNC, publicada en <www.violencia> simbólica/Desde el fondo-Revista de Trabajo Social- Universidad Nacional de Entre Ríos.htm. Se refiere al siguiente libro: Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, EUDEBA, Buenos Aires, 2000.

Yo salía temprano a trabajar en la maquiladora, a las 4:50 de la mañana para tomar el autobús de la ruta a las 5:00. Hay más peligro en las mañanas de invierno, porque está oscuro. Como el autobús pasaba afuera de mi casa, lo que hacía era mirar desde una ventana y salir justo cuando ya venía el autobús, en lugar de salir a esperarlo afuera.

También en las noches es peligroso andar. Los autobuses de las maquiladoras no dejan cerca de sus casas a muchas trabajadoras. Ellas tienen que caminar varias calles.

Si veo una patrulla, me da más miedo. La policía me da más temor que confianza. También tenemos temor de los taxistas, porque ha habido algunos que han abusado de mujeres.

Las costumbres de vida han cambiado para muchas de nosotras. Una se cuida ahora más. Yo no tomo cualquier calle, sino escojo las que pienso pueden ser más seguras. Porque hay lugares oscuros, sin casas. Además camino por en medio de la calle. Y en la tarde, a las 7:00 p.m. ya estoy en mi casa. El otro día que fui a una reunión regresé como a las 9 de la noche y me dio miedo, porque el camión pasaba retirado de mi casa.

En la maquiladora tenía una compañera a quien un amigo de su familia tuvo secuestrada varias horas. Ella logró zafarse y vino a refugiarse en la maquiladora, yo creo que porque se iba a sentir más segura entre sus compañeras. Yo la vi cuando llegó con nosotras. Otra compañera llegó toda golpeada al trabajo.

Una muchacha conocía a una mujer que fue desaparecida. Se dice que muchas de las desaparecidas andan tatuadas o visten provocadoramente, pero hay otros casos en que las víctimas son personas muy serias, o que no tienen novio ni van a los bailes.

Ahora el miedo ha crecido en todo Juárez por los casos recientes de dos niñas asesinadas en días diferentes.

Se supone que ahora existe una policía especializada que patrulla alrededor de algunas maquiladoras o parques industriales. Pero los autobuses deberían dejar a las trabajadoras más cerca de sus casas, o siquiera poner autobuses. Algunas maquiladoras tienen tres turnos: el primero de 6:00 a.m. a 3:30 p.m.; el segundo de 3:40 p.m. a 12:10 a.m.; y el tercero de 10 p.m. a 6:00 a.m. En este tercer turno muchos trabajadores no tienen autobús. Así que de la maquiladora tienen que salir al centro de Juárez y de ahí irse a sus casas como puedan. Pero el centro está peor, ahí hay muchos malandros. Por eso mucha gente en Juárez dice que el centro es zona de alto riesgo.

Las autoridades no hacen nada. Pero a mí me dan mala espina. No quieren que entre el FBI a investigar, porque dicen que en Juárez hay una autoridad. Yo creo que entre los mismos policías se protegen unos a otros. No hay procuración de justicia.

Y en las maquiladoras hay mucha discriminación contra las mujeres. Aquí hay muchos supervisores que dicen a las trabajadoras: 'si no sales conmigo, no te doy empleo permanente'. Una muchacha que conozco denunció a un gerente llamado Gerardo por acoso sexual y la despidieron. Luego denunció ese hecho y la reinstalaron, pero como el gerente es amigo de ese Gerardo, le está dando infierno a ella, tratándola muy mal. Todo a causa de haber denunciado el acoso. Muchas trabajadoras por eso no denuncian, porque hay temor y porque necesitan el trabajo.

Gloria:

El problema aquí en Ciudad Juárez es que las mujeres ya no sabemos de quién nos tenemos que cuidar. Y es que en realidad hay que cuidarnos de todos los hombres, principalmente de los policías, pero también de los políticos, de los vecinos y de los familiares. Hace unos días aparecieron en lugares separados dos niñas asesinadas, de ocho y diez años de edad. A una de ellas la mató el esposo de una amiga de la mamá de la víctima. Cualquier hombre puede matar a una mujer simplemente "porque se le pasó la mano".

Las mujeres no tenemos confianza en la justicia porque no se ha hecho nada. Antes aparecían los cadáveres lejos, casi en el desierto en las afueras de Juárez, pero hace poco dejaron a una mujer muerta en plena avenida en la ciudad. E incluso entre las mismas policías no se tienen confianza. En algunas vías rápidas, como en la carretera que va de Juárez a Nuevo Casas Grandes, hay retenes de unas llamadas "células mixtas" formadas por diferentes cuerpos de policías y ejército para que se vigilen unos a otros mientras revisan vehículos y se suben a los autobuses a revisar al pasaje.

En las maquiladoras, las mujeres no denuncian el acoso sexual, primero porque a una como mujer no se nos hace caso; pero también por temor a represalias. En las maquiladoras nos amenazan con boletinar por internet nuestros nombres para que no nos contraten en otras fábricas. Otras trabajadoras piensan que hasta pueden ser golpeadas si insisten en sus denuncias".

Maquila y feminicidio

Cuentan de un hombre que desnudó con violencia el cuerpo de su mujer para dibujar con un cuchillo su nombre, en sus senos, sus glúteos, sus entrepiernas. No tenía razones: sólo quería desgarrarle la piel y dejar su nombre inscrito. Indignante y, por desgracia, común: desde dónde y desde cuándo viene el derecho masculino de considerar el cuerpo de la mujer como suyo, ajeno a ella misma. Dice Ivana Calle Rivas que el cuerpo femenino es y ha sido un territorio donde se ejerce violencia; poderes crueles, agregaría: un espacio corporal irracionalmente desposeído, una hechura humana brutalmente expropiada.

Los cuerpos de las mujeres han sido sujetos de violencia, pero no de una violencia caprichosa, sino de una violencia simbólica por la que se ejerce poder; poder masculino no sólo entre hombre y mujer como “pareja”, sino incluso poder territorial y social. El poder masculino se impone al cuerpo femenino cuando lo maltrata, lo viola, lo usa sexualmente para reafirmarse como el preminente, como el fuerte, el controlador macho y autosuficiente... Los cuerpos de las mujeres han sido también satanizados como oscuros objetos perversos de la moral; así se justifican muchas violaciones en las que se culpabiliza a la mujer por “provocar” el ataque. Esos cuerpos también han sufrido una descalificación condicionada por las características biológicas femeninas; estudios antropológicos aseguran que en muchas religiones las mujeres menstruantes no pueden asistir a ceremonias porque se las considera sucias e incluso malditas¹⁵.

Recordemos nuevamente a Bourdieu:

...la dominación masculina, que hace de la mujer un objeto simbólico, cuyo ser es un ser-percibido, tiene el efecto de colocar a las mujeres en un estado permanente de inseguridad corporal o, mejor dicho, de alienación simbólica. Dotadas de un ser que es una apariencia, están tácitamente conminadas a manifestar una especie de disponibilidad (sexuada y, eventualmente, sexual) con respecto a los hombres.

¹⁵ Ivana Calle Rivas, “Nuestros cuerpos: la primera conquista”, <www.lettraese.org.mx/>.

El cruel ejercicio en contra del expropiado cuerpo de la mujer, contiene algo más que violencia, lo acompaña también la impunidad; o lo que es lo mismo, cuando en estas circunstancias se hable de impunidad, la referencia inmediata es a la presencia de la violencia simbólica; la que se ejerce desde el poder y que nos obliga a entenderla como algo acorde a los intereses de ese poder. La violencia simbólica termina por transformar los intereses del poder en nuestro sentido común¹⁶.

No olvidemos entonces que poder simbólico es “un poder de construcción de la realidad que tiende a establecer un orden gnoseológico”¹⁷, y esta construcción de dominación simbólica entre géneros es mucho más que un imaginario, es una representación de la realidad que la damos como cierta, es un conocimiento introyectado que no se cuestiona, siguiendo con Bourdieu, es un conocimiento que forma parte importante del *habitus*. Así entendido el problema, nos queda claro que “ejercer poder simbólico no significa agregar lo ilusorio a un poder real, es el poder mismo”¹⁸. Esta particular forma de violencia se ejerce “sobre sujetos cognoscentes cuyos actos de conocimiento por ser parciales implican desconocer las bases reales de su dominación”¹⁹.

Estos son los presupuestos que explican la historia de violencia en Juárez en contra de las mujeres; historia que no debió de ocurrir, o que quizá, era inevitable que ocurriese. Después de todo las condiciones estaban dadas: un territorio determinado por lo económico, en consecuencia altamente inestable, fuera de cualquier tipo de normatividad y, para su desgracia, ubicado en la conflictividad propia de una zona fronteriza; una figura obrera femenina que en su aventura maquiladora perdió su identidad original y no logra adquirir una nueva, se le dificulta constituir un nosotros que posibilite una respuesta colectiva; unos procesos de internacionalización del capital impuestos en una sociedad de modernidad subordinada proclives, ya se dijo antes, a cualquier forma de violencia.

¹⁶ Véase Elina Aguiar, “Efectos psicosociales de la impunidad”, <www.derechos.org/koaga/iii/aguiar.html>.

¹⁷ Pierre Bourdieu, “Sur le pouvoir symbolique”, *Annales*, núm. 3, mayo/junio.

¹⁸ B. Baczco, *Los imaginarios sociales*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991.

¹⁹ Pierre Bourdieu, *Cosas Dichas*, Gedisa, España, 1993. Las citas del último párrafo fueron tomadas de Viviana Cavallieri, et al., “Violencia institucional”, <webmaster@psinet.com.ar>.

La historia inconclusa de las muertas de Juárez tiene, como cualquier historia, varias lecturas, pero todas se alimentan de un mismo origen: la violencia simbólica. Vale sin embargo volver a aclarar lo siguiente: si la violencia simbólica, según la entiende Bourdieu, se engendra, o más bien es parte integrante de los *habitus*, en este caso, la situación fronteriza donde se ubica Ciudad Juárez, así como las peculiaridades que definen el territorio maquilador del que forma parte, hacen que la violencia simbólica se genere no en frágiles *habitus* en formación, sino en sociedades desestructuradas por las particulares formas que la modernidad tardía le impone a un territorio determinado por las características de la modernidad subordinada. Cómo explicar, si no es por estas singularidades, que un feminicido impune como el establecido en Juárez, no exprese la respuesta organizada del conjunto de las mujeres ofendidas en su dignidad y, de alguna manera, sentenciadas a muerte por una sociedad machista que se siente poseedora de sus cuerpos. Cómo dar cuenta que un gremio trabajador —la obrera de la maquila— no responda colectivamente ante las agresiones que han llegado al extremo de quitarle la vida. ¿Y los sindicatos? ¿Y las autoridades laborales? ¿Y la autoridad política? ¿Y los partidos políticos? ¿Y las organizaciones maquiladoras? ¿Y...? La única respuesta permanente, los únicos contingentes en pie de lucha, los únicos grupos perseverantemente movilizados, vienen de la sociedad civil, de los grupos de derechos humanos y de las organizaciones feministas nacionales, extranjeras o binacionales, lucha por desgracia insuficiente hasta la fecha, no sólo para lograr esclarecer los crímenes, sino ni siquiera para detener la oleada asesina. No es gratuita la sorpresa de una de las militantes entrevistadas cuando declaró que, si en cualquier ciudad estadounidense se hubieran cometido 300 asesinatos misteriosos, el asunto se habría convertido en escándalo nacional o mundial.

¿Por qué se hace mención a una sociedad desestructurada y no al conocimiento práctico adquirido, o introyectado, por un *habitus*? El *habitus* es un sinónimo del orden, y este orden contiene esa violencia simbólica de género que subordina a la mujer al hombre. Sin embargo, el mismo *habitus* pone sus reglas, y la violencia simbólica ejercida sexualmente en contra de la mujer tiene sus límites, tiene sus sanciones y, sobre todo, la misma impunidad está reglamentada. Ciudad Juárez, y, en cierto modo, el territorio maquilador fronterizo, no tiene reglas que vayan más allá de las palabras. En el territorio se ha impuesto la inestabilidad de lo económico sobre la normatividad de lo político. El único principio inquebrantable es hacer exitosos los pro-

cesos de internacionalización del capital maquilador en la frontera, y parece que en este empeño poco importan las personas, en especial si son mujeres, y poco o nada se hace en el terreno de la infraestructura para lograr la seguridad ciudadana: todo es pasajero, un alargado presente que no termina por resolverse, un rito de paso, como se viene afirmando, detenido en su etapa liminal; la violencia simbólica no viene del o de los *habitus* que construyen los actores del territorio, proviene de ese momento desestructurado que vive cualquier sociedad de modernidad subordinada, de todos aquellos grupos humanos que dejaron de ser lo que eran y no definen una nueva identidad: una lucha no resuelta entre la tradición y la modernidad.

Dice una investigadora, y con razón,

... defenderemos la tesis de que existe una cierta 'necesidad' de la subordinación femenina en lo que denominaremos las estructuras culturales tradicionales y, en el mismo sentido, pretendemos explicar por qué la modernidad ha propiciado (posibilitado) el quebrantamiento simbólico —y práctico— de esa relación desigual entre los géneros... Esta perspectiva sostiene pues, que la subordinación femenina se explica a partir de la manera como se construye un orden simbólico tradicional y de cómo se generan en él las identidades. Asimismo, muestra por qué el quebrantamiento de ese orden a partir de los procesos de racionalización, posibilita el cuestionamiento de la subordinación social de las mujeres y al mismo tiempo, constituye a esta milenaria relación de dominación en un problema político²⁰.

El problema resulta cuando tratamos de imaginar el momento histórico en que se da ese quebrantamiento histórico. No podemos hablar de una modernidad en abstracto, al menos aquí distinguimos dos grandes momentos: una modernidad tardía y una modernidad subordinada²¹.

²⁰ Estela Serret, *El género y lo simbólico. La constitución imaginaria de la identidad femenina*, Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades. Serie Sociología, UAM-A, México, 2001, pp. 24-25.

²¹ "Cuando aquí hablo de modernidad subordinada me refiero a una situación social, propia de un Estado-nación específico, sometido, generalmente de manera obligada, a las reglas impuestas desde los espacios sociales que contienen a los organismos transnacionales que conforman la modernidad tardía: imposición de estilos globales de comportamiento económico y político, coerción para aceptar formas universales de organización social y apremio para estimular en el imaginario colectivo los valores ideológicos propios del absoluto social mercado... la modernidad subordinada supone un autoritario proceso de desmantelamiento de las

Para el caso que nos ocupa, resulta obvio que el territorio en cuestión forma parte de una modernidad, la subordinada, y aunque las mujeres que nos preocupan cada vez se alejan más de su tradición, su inserción a la modernidad subordinada las deja muy lejos también de ese quebrantamiento simbólico que posibilita al menos el cuestionamiento de este tipo de subordinación social de género. Ni son lo que eran, ni son lo que se supone debieran ser.

Por supuesto, en nuestro territorio, hay un actor social que cumple cabalmente con lo que la investigadora afirma: los grupos de derechos humanos y las ONG feministas se inscriben en este momento de quebrantamiento simbólico que trata de superar la desigual relación entre géneros; aunque insertas en una sociedad de modernidad subordinada, su pensamiento y su acción se inclinan más a los comportamientos propios de los sujetos reflexivos creados por la modernidad tardía. Pero estos actores sociales, por más que lo intenten, no le imponen su pensamiento al resto de protagonistas que actúan en el territorio, en especial a la obrera maquiladora, que sin ser lo que era antes y sin definir una nueva identidad, por su comportamiento ante el feminicidio en Juárez, conservan el imaginario de la subordinación. Al menos así lo muestra lo débil de su respuesta ante el crimen colectivo en este lugar maquilador.

En suma, en contra de lo que afirma Estela Serret, a la obrera maquiladora en el territorio simbólico fronterizo, no le ha bastado lograr incorporarse al trabajo asalariado para dismantlar el imaginario que fortalece su subordinación de género; le falta, según su argumentación, tener acceso al conocimiento científico, tanto en lo biológico como en lo psicológico, para que su condición de subordinada tenga más posibilidades de lograr el “quebrantamiento simbólico” que requiere para superar la desigual relación que establece con el género masculino. Conocimiento reflexivo que logre romper con su imaginario tradicional²². Mientras esta trabajadora no termine su rito de paso, de nada servirá la denodada lucha de las organizaciones sociales para resolver la criminal agresión sexual de que son objeto las mujeres de Juárez; brutalidad impune de una sociedad misógina inquietantemente desarticulada, que requiere con urgencia de la colectiva y organizada participación de las mujeres

estructuras simbólicas que expresan lo cultural”, Luis H. Méndez B., *Ritos de paso trunco: el territorio simbólico maquilador fronterizo*, Eón Sociales-UAM-A, México, 2005, p. 77.

²² Véase *idem.*, pp. 140. 141

directamente afectadas. Como esto de momento no es posible, lo más seguro es que la impunidad siga sentando sus reales en la región.

Vale recordar, desde la literatura, a José Saramago, detenerse un poco sobre su reflexión, y sacar las conclusiones que consideremos convenientes:

...la agitación de los hombres es siempre vana, los dioses son sabios e indiferentes, viven y se extinguen en el mismo orden que crearon, y todo lo demás es paño de la misma pieza, Por encima de los dioses está el destino, El destino es el orden supremo, orden al que los dioses aspiran, Y los hombres, cuál es el papel de los hombres, Perturbar el orden, corregir el destino, Para mejorarlo, Para mejorarlo o para empeorarlo, es igual, lo que hay que hacer es impedir que el destino sea destino...²³

Maquila y narco-violencia

Pensamos que resultaría ocioso hacer en este trabajo un recuento puntual de la siniestra acción del crimen organizado en Ciudad Juárez. Poco podríamos agregar a lo tantas veces repetido en medios visuales e impresos. Manifestaríamos alguna forma de amarillismo sensacionalista, describiendo por describir el horror de la cotidiana transgresión a los derechos humanos en que se ve envuelta esta comunidad —comúnmente resuelta en asesinatos, secuestros, feminicidios, extorsiones, etc.—; la enorme zozobra social, el temor, desaliento, sospecha, recelo, confusión, en que se ven envueltos permanentemente los ciudadanos juarenses, ante el inminente peligro que les supone enfrentar, de manera inesperada, tanto al sicario que ejerce un poder de facto en el territorio, como a la autoridad —municipal, estatal y federal— vestida de policía o de ejército, que manifiesta a cada momento, en cada acción, la debilidad del poder legalmente constituido.

Para lo que aquí se pretende, consideramos más adecuado detenernos a considerar una peculiar situación que ayuda a comprender mejor nuestras anteriores reflexiones sobre territorialidad y violencia en Juárez. Nos referimos en concreto al singular hecho de cómo los lugares físicos en donde se asienta la industria maquiladora aparecen, dentro de esta realidad fragmentada y sin orden, como zonas “seguras”, tanto de la guerra del gobierno contra

²³ José Saramago, *El año de la muerte de Ricardo Reis*, Alfaguara, México, 1998, p. 340.

el narco, como de la acción de estos últimos en contra de lo social.

Esta comprobación empírica nos obliga a establecer una precisión territorial en cualquier momento que hagamos referencia a Ciudad Juárez; nos exige dejar constancia que tanto el sistema territorial (la forma como se divide el espacio, los lugares físicos que lo determinan, que se constituyen como un gran almacén donde se generan, se reproducen y se multiplican las relaciones de poder), como su territorialidad (la vida cotidiana de sus habitantes: sus relaciones dentro o fuera del trabajo, sus lazos familiares, sus articulaciones con grupos sociales o religiosos, sus enlaces con la autoridad), han sido alterados por la violencia creada en su conflictiva relación con otros territorios más amplios, en este caso supranacionales (el TLCAN), que los hicieron depender del caprichoso comportamiento de la industria maquiladora al imponerle conductas y formas de comportamiento a la sociedad que contravinieron sus *habitus*.

Vale repetir lo dicho al inicio de este artículo: la industria maquiladora fronteriza, en especial la instalada en Ciudad Juárez, Chihuahua, no puede ser entendida como manifestación de un territorio que agota su lectura en lo regional, para su cabal comprensión, tiene que ser leído también desde su inserción en los movimientos del capital transnacional, desde las estrategias productivas generadas mayoritariamente por los grandes consorcios norteamericanos. En este sentido, Ciudad Juárez, comprendida como un territorio simbólico construido desde la acción social relacionada con la actividad maquiladora, contiene significados propios que la distinguen, pero no pueden ser explicados si no se inscriben en lo global.

Sólo así podemos entender que este importante territorio fronterizo que registra cientos de robos, secuestros y extorsiones (diez mil pequeños negocios han cerrado desde 2008 por estas causas) haya “respetado”, hasta hoy, los parques industriales donde se ubica la industria maquiladora. El imperio de la violencia, no se ha extendido a las zonas industriales que albergan a no menos de 360 maquiladoras que emplean a más de 190 mil personas. Entre enero de 2008 y junio de este año, se nos informa, sólo hubo un homicidio en las zonas industriales de Juárez²⁴.

²⁴Véase Bill Conroy, “La narco violencia en Juárez marcada por la excepción a las maquiladoras” en *The Narco News Bulletin*, <www.narconews.com>, 25 de agosto, 2010.

Y uno no puede dejar de preguntarse ¿cuál será el por qué de esta extraña particularidad territorial? Y no tenemos las respuestas. Se habla mucho sobre el problema de Juárez, se difunden masivamente —hasta en exceso— las imágenes de la brutalidad; la sociedad denuncia, las víctimas acusan y la autoridad se justifica; y en este torbellino mediático que abrumba, que inquieta, que intimida, no fluye la información sobre hechos relevantes que expliquen tan grave situación de ingobernabilidad; nadie parece advertir —o nadie, intencionadamente, quiere dar a conocer— por qué las zonas maquiladoras quedan fuera de la violencia social que se ejerce en el resto del territorio juarense; por qué la guerra del gobierno contra el narcotráfico nunca encuentra como campo de batalla los espacios de la industria transnacional. Y, como siempre, igual que a muchos, sólo nos queda un recurso: especular, en nuestro caso, desde la comprensión de un concepto: el territorio.

Recordemos que en todo territorio donde el poder se ejerce desde lo económico, sobre todo desde otro territorio transnacional como en el caso de Ciudad Juárez, los procesos de inestabilidad política y social se acentúan. El carácter caprichoso, coyuntural, efímero que contiene la dominación desde la economía, encarnada en este caso en un proyecto de libre comercio, le otorgó al país, en especial a la zona fronteriza, el papel de territorio maquilador. El apoyo desde lo político fluyó sin restricciones hacia este proyecto económico. La legalidad le dejó su sitio a la impunidad. Las leyes de protección ambiental se flexibilizaron, a tal punto, que toda la zona fronteriza terminó por convertirse en un inmenso basurero tóxico. Se pervirtió de igual manera el marco legal laboral para que la industria maquiladora contara con fuerza de trabajo dócil y eficiente; y se violentaron también, a través de un cúmulo de exenciones fiscales, los esquemas tributarios en detrimento de las necesidades sociales, para hacer más competitiva esta rama de la producción. En este marco de privilegios, con la legalidad siempre postergada, con un oportunista ejercicio de la justicia, en un entorno ambiental envenenado, y sin ningún tipo de protección laboral, la industria maquiladora creó las condiciones óptimas para el desarrollo de la violencia.

En este entorno, y refiriéndonos concretamente a Juárez, no sería muy aventurado suponer que, al menos tácitamente, de manera implícita (a veces no tanto), existe algún tipo de alianza entre las organizaciones de narcotraficantes, el gobierno mexicano (estatal, municipal, federal), y los propietarios (todos extranjeros) de las empresas

maquiladoras en la región. Resulta difícil advertir, es cierto, (la información suele ser incompleta, tergiversada o intencionalmente desinformada) de qué formas específicas se expresa esta alianza, pero el hecho consignado por múltiples medios informativos acerca de la no violencia que se da, o que se impone, en los espacios que ocupa esta rama productiva, le da fuerza a este juicio.

Algunas razones evidentes: entre 2008 y 2009 las inversiones extranjeras directas en Chihuahua alcanzaron los 2 mil millones de dólares, casi el total aplicado a las maquiladoras en Juárez, y alrededor de 2 mil camiones cruzan diariamente de Juárez a los Estados Unidos, razones por demás poderosas que explican el porqué se han establecido en el territorio juarense al menos tres zonas de seguridad que son custodiadas por soldados mexicanos, que aseguran el tránsito seguro de los ejecutivos de la maquila desde El Paso hasta las maquilas en Juárez; además de que, según reportajes de prensa, las zonas industriales de las maquilas se encuentran bajo estrecha vigilancia, tanto de la policía estatal, como de los cuerpos de seguridad privada contratados por las empresas maquiladoras, protección que, como bien sabemos por los altos índices de violencia registrados, no se le da al resto del territorio juarense²⁵.

Por otro lado, tomando como base la evidencia de la gran corrupción e impunidad que expresa el territorio, y el irrefutable hecho de que las drogas continúan fluyendo a través de la frontera, no nos parece exagerado suponer que los capos de la droga pueden estar empleando, para la transportación de su mercancía, el mismo equipo vehicular, las mismas rutas y los mismos puentes por los que circula la carga legal de la producción maquiladora. Nos parece indudable que existe una estrecha relación entre el libre comercio y el comercio ilegal, favorecido, sin duda, repetimos, por la presencia de los dos grandes flagelos que, desde siempre, azotan al país: corrupción e impunidad, que para el caso que aquí nos ocupa, involucran a las autoridades civiles y militares, y, seguramente, a empleados de nivel medio o alto incrustados dentro de las maquiladoras.

Algunas observaciones finales

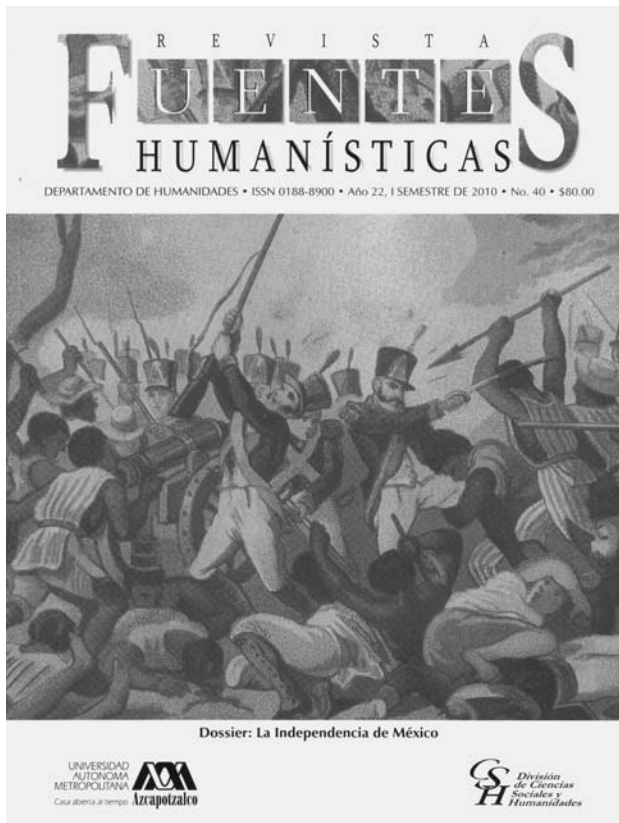
Es conveniente aclarar que a lo largo de este artículo se pretendió, de manera más bien abstracta, y tomando como

²⁵ Información tomada de *idem*.

eje de análisis el concepto de territorio, establecer la estrecha relación existente entre la industria maquiladora y la situación de extrema violencia que priva en el territorio juarense; esto es, lo aquí expuesto es un primer intento de observación sobre las relaciones indisolubles que se establecen entre los dos grandes componentes que integran este concepto: sistema territorial y territorialidad, para explicar situaciones de violencia que rebasan los límites impuestos por la normatividad cultural y el ejercicio legal del poder establecido en un Estado-nación, en este caso México.

De este primer acercamiento con realidades tan tremendamente complejas, quisiéramos entresacar y dejar planteados dos relevantes problemas que, de muy diversas maneras, definen en gran medida la situación actual que vive el país: uno, las graves situaciones de ingobernabilidad que existen no sólo en Juárez, sino en varios territorios que a lo largo y ancho de nuestra patria se definen desde la violencia, situaciones cuya semejanza se explica, al menos en parte importante, por el imperio territorial que existe desde lo económico-trasnacional sobre lo político que se articula desde normatividades específicas que legitiman, funcional y simbólicamente, un Estado nación; el otro, consecuencia de lo anterior, la necesidad de definir para diferenciar el carácter de la violencia que hoy se asienta en México, de la violencia legal que ejerce el Estado, o la violencia que contiene cualquier tipo de *habitus*. Una violencia socialmente anormal, atípica, generada, reiteramos, por la inestabilidad social y política creada en un territorio determinado desde lo económico-trasnacional. Una singular violencia que, de momento, podríamos calificar como fascismo de mercado.

Que un sistema político se subsuma a los caprichosos movimientos de la economía global tiene consecuencias graves sobre el tejido social: se favorece el desorden y el caos dentro de sistemas territoriales y territorialidades específicas, perturbando el funcionamiento de los *habitus* que permitían la existencia de un orden social coherentemente construido. La expresión inmediata de situaciones de este tipo es la ingobernabilidad, entendida en primer lugar, como crisis de confianza y credibilidad de la sociedad hacia las instituciones que organizan la vida social; en segundo, la incapacidad de la autoridad legalmente constituida (municipal, estatal o federal) para asegurar las condiciones mínimas necesarias que agilicen los procesos nacionales de acumulación y reproducción del capital y dejar de centrarse en el apoyo indiscriminado al pequeño sector



oligárquico de la economía²⁶; en tercero, la ineficacia del aparato gubernamental, en cualquiera de sus expresiones, para satisfacer las demandas económicas y sociales de la población; en cuarto, la corrupción generalizada y sin control; en quinto, la desideologización del sistema de partidos y de los esquemas corporativos y clientelares de control social, en su proceso de inserción a un nuevo orden social, todavía difuso, y su encarnizada lucha por el poder guiada por muy diversas formas de violencia. En suma: desde 1983, el gran reto de la transición en México lo constituyó la reforma del Estado, y para 2010, este gran desafío de nuestro nuevo tiempo histórico se transformó en pesadilla. Lo híbrido de nuestras instituciones ha engendrado un régimen político difuso –vago, impreciso, confuso y cada vez más incomprensible– que no logra precisar después de casi 30 años el todavía borroso perfil de nuestro Estado-nación.

Este persistente proceso de desintegración institucional que desde inicio de los años 80 sobrelleva el país, ha ido construyendo y consolidando una particular situación de

²⁶ Parte importante de este pequeño y privilegiado grupo lo constituye la industria maquiladora nacional, en especial la de capital norteamericano.

violencia disgregadora de lo social que, de momento, definimos como fascismo de mercado. *De momento*, decimos, porque el término fascismo lo empleamos, más que como un riguroso concepto propio de la ciencia política, como una metáfora de la violencia, un símbolo del comportamiento abusivo del poderoso –sea militar o civil, gobierno o sociedad–, una representación de la inmoralidad desmedida o de la despótica crueldad de cualquier poder, legal o ilegal, que autoritariamente y con cualquier tipo de fuerza –incluyendo por supuesto la de las armas– quebranta la legalidad y autoriza la barbarie en contra de la sociedad o de cualquier sector de ella, en un marco económico-político de libre mercado que, teóricamente, supone la democracia y el respeto a los derechos humanos.

Nuestra definición es dilatada por su capacidad de contener contradicciones, incluso paradojas irresolubles dentro del tiempo histórico del capitalismo. Hablar de fascismo de mercado, no comprende la explícita construcción social de un sistema totalitario que existe dentro de una particular forma de Estado capitalista, generalmente con formas de gobierno militar o policial, y exaltando fanáticamente valores como la patria, la raza, la familia, la disciplina, el honor, Dios, etc.; es más adecuado entenderlo, pensamos que de manera prioritaria, como un algo suspendido, como un fenómeno siempre presente en las diversas formas políticas y sociales, incluso culturales, que adquiere la modalidad histórica llamada capitalismo, y que se explica, como ya anteriormente se mencionó, como una metáfora de la violencia enquistada en este sistema de organización social; como engranaje necesario, siempre útil y a la disposición, en los procesos de acumulación y reproducción del capital en cualquier tipo de sociedad, al margen de su nivel de desarrollo.

Quizá sea poco riguroso nuestro juicio, pero, de momento, es la forma conceptual que consideramos adecuada para calificar la violencia enraizada en los procesos sociales, en la lucha política, en los despóticos comportamientos de los grandes señores del dinero. Es el modo como representamos a un país, México, donde el poder público visible es manipulado por poderosos fragmentos de poder ocultos, nacionales y extranjeros. Es la manera como significamos el inmenso poder que día con día acumula el crimen organizado por encima del poder del Estado.

En todos estos procesos sociales preñados de violencia atípica, propios de una modernidad subordinada, se encuentra oculta la sombra fascista del libre mercado... Lo que no implica, necesariamente, que un orden social con estas características contenga por fuerza este componente.